

Giordano B. Cavazzutti

Un episodio de la vida médica del Dr. Repetto

POR intuición y tal vez por temperamento, más que por lecturas, el doctor Nicolás Repetto ajustó su larga y laboriosa vida —el 21 de octubre cumplió noventa años con su cerebro prodigiosamente lúcido— a ese positivismo filosófico que sistematizó Augusto Comte, positivismo que probablemente nos vendrá de Aristóteles. A los que estudiábamos a su lado nos inculcaba que en medicina, para la realización del acto al parecer más insignificante había que prestar el mayor cuidado a fin de que ese acto resultara lo más perfecto posible. Era el determinismo que Hipólito Taine volcó en su *Filosofía del Arte* ya que si la medicina es una ciencia en su estudio también es arte en su aplicación.

Conocí al doctor Repetto a fines del siglo pasado, cuando exponía magistralmente en la tribuna socialista y, años más tarde, cuando dictaba sus minuciosas clases de Medicina Operatoria, en el viejo anfiteatro de la calle Paraguay. Vestía chaqué gris, usaba guantes lavables y trabajaba sobre cadáveres formolizados. En ambos casos, en la tribuna y en la cá-

tedra, era el mismo predicador laico, de pocas palabras, las indispensables, las más expresivas y concisas del vocabulario, pronunciadas sin afectación enfática, pero con firmeza.

Cuando ingresé como practicante interno en el Hospital Italiano de Buenos Aires, el doctor Repetto dirigía allí el servicio de cirugía, compuesto de cuatro salas y era (1904) todo un modelo de organización. Ya entonces se le atribuía al maestro —más tarde diputado y senador socialista— una excesiva severidad con sus subordinados.

Una tarde fría y lluviosa —lo recuerdo como si fuese hoy— estábamos reunidos los practicantes en el comedor, cuando llegó el cabo de cirugía. Se asomó al vano de la puerta y dijo:

“Que suba el practicante de guardia. Tendrá que dar anestesia, porque el doctor Repetto va a operar un caso de urgencia.”

El practicante de guardia era yo. Al ponerme de pie fui saludado por un coro de carcajadas.

SEMBLANZA

“¡Ahora vas a saber lo que es bueno!” —dijo uno de los que se habían reído. Subí a la sala de operaciones, y tras breve saludo comencé la anestesia, poniendo en ella mis cinco sentidos. El estado de las pupilas, los reflejos palpebrales, la respiración... todo marchaba normalmente, pero, a mí me parecía que esa operación no terminaba nunca. Repentinamente, el doctor Repetto se inclinó y, esbozando una sonrisa, me dijo: “La operación ha terminado. Ha dado usted una buena anestesia.”

Cuando regresé al comedor aún estaban allí mis compañeros y al verme me acosaron a preguntas. Con un gesto de mi mano izquierda contuve la curiosidad del que me había pronosticado un mal rato, mientras me servía una taza de café que creía haberme ganado en buena ley: “*Mirá che* —le dije por fin— nunca he conocido una persona tan amable como el doctor Repetto.”

Después de ese episodio inicial, comencé a frecuentar el servicio de cirugía y habiéndose producido una vacante en la Sala VI, solicité mi pase a esa dependencia, pedido que me fue otorgado.

En nuestro hospital, como en todos, algunas noches se jugaba a las cartas, por centavos. Con el objeto de combatir esa práctica la superioridad resolvió clausurar el comedor una vez terminada la cena. Pero en un rincón del comedor había un utensilio sumamente provechoso para los que hacíamos guardias nocturnas y era este un enorme “baño-maría” de cobre con dos grandes jarras de loza blanca, una para leche y otra para café, y sus correspondientes mecheros de gas. Con la promesa formal de no volver a jugar a las cartas en el comedor, solicitamos que quedara sin efecto la disposición de la superioridad, pero no se escucharon razones y el comedor fue clausurado.

Una noche estábamos de guardia con Juan E. Gemesio, noble compañero ya desaparecido, y después de intensa labor echamos de menos nuestro café con leche.

Gemesio, que era de una asombrosa habilidad manual, abrió con toda facilidad la puerta clausurada, y, después de encender los mecheros, nos refocilamos con sendas tazas del reconfortante alimento. Quedamos pensando sobre el destino que daríamos a esa puerta y, por fin, decidimos esconderla. Le ayudé a Gemesio a sacarla de los goznes y pasando al jardín la dejamos caer en una cámara profunda que mi compañero había descubierto en su afán de hurguetearlo todo.

A la mañana siguiente hubo gran revuelo en el Hospital. No se oía nada más que un comentario: Han robado la puerta del comedor de los médicos.

La superioridad hizo pegar un cartel en la pared próxima a la entrada del comedor, juzgando severamente lo acontecido. Durante la noche ese papel fue arrancado y substituido por otro en el que, jocosamente, se comentaba el resultado de las medidas de fuerza tomadas inconsideradamente. Y así durante una semana se fueron alternando reprimendas y sátiras, como en los tiempos de *Mastro Pasquino* y *Marforio* en la Roma papal.

Una noche resolvimos, con Gemesio, reponer la puerta y así lo hicimos, pegándole un gran escrito en el que pedíamos que la puerta permaneciera abierta. Al día siguiente fuimos citados a la presidencia todos los practicantes. Se nos llamaba de a dos y a todos se nos hacían las mismas preguntas: “¿Ustedes han robado la puerta? ¿Saben ustedes quienes pueden haberla robado?”

Todos contestamos en sentido negativo. Pero, cuando nos tocó el turno a

Gemesio y a mí y ya nos retirábamos, el presidente, que era el ingeniero Pereschi se encaró conmigo y me dijo:

“¿Usted me da su palabra de honor de que no ha sido?”

“De ninguna manera. No hemos robado la puerta, simplemente la hemos escondido. Y por estos motivos...” (Y se los expuse detalladamente).

Los demás compañeros volvieron a la presidencia y todos se declararon culpables de haber escondido la famosa puerta.

Al día siguiente, a primera hora, estaba en la sala haciendo las curaciones que eran de mi incumbencia, cuando apareció el doctor Repetto y me invitó a que lo acompañara. Ya en el corredor, me dijo:

“Acaban de leerme la medida disciplinaria que le han impuesto. Lo van a expulsar.”

“Lo esperaba” —le contesté.

El maestro quedó un tanto perplejo y luego me pidió que le refiriera detalladamente cómo se habían desenvuelto los acontecimientos. Así lo hice sin omitir detalles. Y terminé mi exposición con estas palabras:

“Todo se redujo a asegurarnos el café con leche de las noches de guardia. Como usted ve, doctor, también en este caso anda metido un poco el materialismo histórico...”

Se rió Repetto y luego sintetizó su opinión:

“No creo que esté justificada su expulsión y espero que no me obligarán a hacerles cuestión de puesto.”

“¡Por favor, doctor Repetto! —le dije— ¿Poner en jaque la jefatura de un gran servicio de cirugía como el suyo para defender a un practicante? Eso no puede ser.” Pero fue así. Y yo continué en mi puesto.

Esa vez, como otras muchas, el Jefe a quien tildaban de excesivamente severo puso de manifiesto su desinterés y la nobleza de sus sentimientos para defender a sus practicantes culpables de una travesura, justificada y que demostraba destreza e ingenio, pero travesura al fin.

Años después le fue presentado a mi padre el ingeniero Pereschi. Al despedirse, el ingeniero, que era todo un caballero, le dio con mucho interés este recado para mí: “Dígale a su hijo que de él conserve un óptimo recuerdo.”

Después de tantos años de difíciles luchas por ideales de mejoramiento social, debe serle agradable al maestro recordar este lejano conflicto, que debido a su eficaz intervención terminó sin resentimiento alguno y que, ya entonces, vino a darnos la pauta de lo que sería una conducta rectora a la cual quiso ajustar su vida larga y profícua.